

El caso "Cicerón"



Eliaza Bazna, alias «Diello»,
«Peter» y «Cicerón».
Bajo este último sobrenombre,
facilitaría importantes
documentos al Servicio Secreto nazi,
durante su permanencia
como mayordomo en la embajada británica
de Ankara.

Fernando P. de Cambra

*Conocí al señor Eliaza Bazna en Istambul
durante la primavera de 1957.
Un amigo común facilitó la entrevista.
Bazna poseía un pequeño negocio de importación-exportación,
con oficina modestísima
al otro lado del Puente de Galata
y cerca del Gran Bazar.
Diez años después, volvimos a encontrarnos.
casualmente y en Munich de Baviera.
Valga añadir ipso facto que
el señor Eliaza Bazna fue ni más ni menos
que el archifamoso «espía Cicerón»,
mitificado por la literatura, el cine y múltiples comentarios.
En realidad un «artesano» del espionaje,
que trabajaba «a destajo».
Como quien dice, «a tanto la pieza».
Ninguna semejanza con los «agentes secretos de cine y novela».
Demuestra, una vez más,
la distancia que media entre lo pintado y lo vivo...
De sus confidencias expurgadas
(el «ego» suele exagerar a beneficio de inventario),
cotejadas con las memorias de Moyzisch,
extraigo las páginas que vienen a continuación.*

ELIAZA Bazna. Hijo de Yafiz Yasar. Natural de Pristina (Serbia), donde llegó al mundo el 28 de julio de 1904. Nacionalidad turca; los Balcanes aún no habían sido «balcanizados» y formaban parte del Imperio Otomano.

Llegó la «balcanización» antes citada. Expulsado el turco, surgieron nuevos estados: Serbia, Montenegro, Albania, Bulgaria, Grecia... Se inició una persecución religiosa a contramarcha: cristianos contra los mahometanos. La familia de Yafiz Yasar emigró hacia su país de origen, para establecerse en Constantinopla que todavía no figuraba en los atlas geográficos como Estambul. El padre no halló otra ocupación que «guardacaza» o, mejor expresado, «ojeador» en unos cotos de Anatolia. Donde fue muerto de un disparo por cierto cazador británico que le confundió con un jabalí. Error que serviría de razonamiento a Bazna, el «ex-Cicerón», para justificarse: «Odiaba a los ingleses por el asesinato de mi padre... Entregué aquellos documentos a los germanos, para vengar su memoria», dijo. La venganza más fructífera del mundo; le proporcionó cuatrocientas mil libras esterlinas.

Juventud laboriosa la del joven Bazna. Desempeñó múltiples oficios: «groom», recaudero, criado, intermediario, guía de turistas que buscaban «emociones orientales», camarero, ayuda de cámara... Podía expresarse en seis idiomas: serbio, croata, turco, griego, francés e inglés. Incluso chapurreaba el alemán; lo bastante para comprender y hacerse entender. En sus empleos demostró natural predilección por las embajadas; pagaban mejor. Sucesivamente fue «kavass», es decir criado, en las de Yugoslavia y Suiza. Después entró al servicio del Agregado Militar de

Estados Unidos, coronel Class. Y del germano Albert Jenke que, bajo cobertura de hombre de negocios fue también Secretario de la Embajada del Tercer Reich.

UN EMPLEO EN LA EMBAJADA BRITANICA

5 de agosto de 1943. Eliaza Bazna, viudo y con cuatro hijos menores, se hallaba sin empleo. El coronel americano Class le había despedido a causa de cierta señora no menos norteamericana que, a falta del consabido «latin lover», mantuvo brevísimo «affaire» con el criado oriental. Nuestro hombre pretendía nuevo empleo. Con toda urgencia; ni siquiera tenía los «kurus» para adquirir el periódico. Frente a la Asamblea Nacional se eleva el Hotel Ankara Palace. En el salón de lectura, hojeó los anuncios económicos con oferta de empleo; la Embajada Británica buscaba un «mayordomo-conductor de automóvil, de nacionalidad turca, informes

buenos y conocimientos del idioma inglés».

«Decidí presentarme. En realidad yo no sabía conducir; nunca había tenido ocasión de manejar automóviles», contó «Cicerón» durante nuestro almuerzo en el «Liman Lokantesi» de Estambul.

La Embajada de Gran Bretaña se hallaba ubicada en la colina Conkaya del extrarradio de Ankara. Un palacete rodeado por jardín. Donde, por cierto, todavía permanece. Eliaza Bazna corrió hacia aquel lugar. Le recibió Mr. Douglas Busk, primer Secretario del embajador. «Me causó excelente impresión», comentaría años después cuando surgió públicamente el «Affaire Cicerón». Se expresaba correctamente, hablaba varios idiomas y exhibió buenos certificados de los embajadores yugoslavo y norteamericano. Este último rubricado por el agregado militar, coronel Class. «Y como precisamente aquella mismísima mañana habíamos despedido al ayuda de cámara del embajador, sir Hugh Knatchbull-



El caso del espía «Cicerón» ha sido abordado, tanto por la literatura, como por el cine. Una famosa película, dirigida por Mankiewicz y protagonizada por James Mason (de la que vemos aquí un fotograma), dio abundante popularidad al tema.

Hugenssen, juzgué que el recién llegado podía sustituirle. Incluso el embajador me felicitó semanas después por aquella elección». Bazna se guardó muy bien de mencionar su empleo anterior en casa del industrial Albert Jenke. Entre otras razones porque éste, casado con una hermana de Von Ribbentrop desde el principio de la guerra, era—como queda dicho— primer Secretario de la Embajada alemana.

AQUELLA NOCHE DEL 26 DE OCTUBRE

Eliaza Bazna había ingresado al servicio del embajador de Su Graciosa Majestad Británica el 6 de Agosto de 1943. Dos meses y veinte días después exactamente, se iniciaba el «caso Cicerón». Véase cómo lo relata Ludwig C. Moyzisch, quien figuraba como Agregado Comercial de la Embajada alemana (en realidad era coronel de las S. S. y destacado en Turquía por el Servicio de Información de las S. S. dirigido por Walter Schelleberg, que recibía órdenes directas de Kaltenbrunner, en competencia con el «Abwehr» del Almirante Canaris):

«Aquella noche del 26 de octubre de 1943, el primer Secretario Jenke me comunicó por teléfono: «Ayer noche recibí la visita de un sujeto que años atrás estuvo a mi servicio. Entonces se hacía llamar «Diello»; ahora afirma que su nombre es «Peter». Pretende vendernos documentos de gran interés para Alemania. Me parece interesante. Esta noche ha vuelto y espera en el salón. Conviene que venga rápidamente.»

Echando maldiciones por lo bajo, pues debía asistir a una cena oficial, Moyzisch partió raudo hacia el domicilio de Jenke. Convencido de que era perder el tiempo; cada día se

presentaban individuos pretendiendo vender secretos inexistentes.

«En el saloncito esperaba aquel individuo. Arrellanado en un sillón y fumando muy nervioso. Jenke se había esfumado; la prudencia más elemental aconsejaba no comprometer su estatuto diplomático en asuntos que olieran a espionaje. Apenas entré, aquel individuo que había dicho llamarse «Diello» y «Peter» sucesivamente, se incorporó y, tras aplastar la colilla en el cenicero, dijo sin más preámbulos:

«Tengo algo muy importante

Moyzisch solicitó cuatro días de plazo. «Para recibir el dinero; no poseemos esa cantidad en billetes del Banco de Inglaterra. Tampoco puedo procurármela en Ankara sin despertar sospechas», objetó. En realidad deseaba autorización de sus jefes.

Aquella misma mañana del 27 de octubre partió de Ankara un correo diplomático. Destino: Berlín. Regresó cuarenta y ocho horas después, con las autorizaciones necesarias de Schelleberg y Kaltenbrunner, así como cincuenta mil libras esterlinas en billetes del Banco de Inglaterra.



En este Boulevard Atatürk de Ankara, se hallaba situada la embajada alemana ante el Gobierno turco. Fue allí donde «Cicerón» presentaría los primeros documentos a su enlace, Ludwig C. Moyzisch, del Servicio de Información de las S. S.

para ustedes. Quiero venderlo. Pero contra dinero, dinero y más dinero. ¿Desea saber quién soy? El ayuda de cámara privado del embajador de Gran Bretaña. Ahora bien, escuche mis condiciones. Yo le entregaré un carrete de película fotográfica de documentos muy secretos. Usted me pagará veinte mil libras esterlinas en billetes de banco. Los demás carretes a razón de catorce mil libras. No estoy dispuesto a discutir mis condiciones; son a tomar o dejar. Si está conforme, nos encontraremos mañana por la noche para la primera entrega.»

VEINTE MIL LIBRAS ESTERLINAS AUTÉNTICAS

Durante la noche de aquel mismo 30 de octubre de 1943, Ludwig C. Moyzisch recogió en su automóvil al presunto «Peter», conduciéndole hasta el edificio de la Embajada de Alemania, sito en el Boulevard Atatürk. Una vez en su oficina, abrió la caja fuerte, extrajo un fajo de billetes y ante su acompañante contó la suma: 20.000 libras. «Peter» le entregó entonces un carrete de película de 35 milímetros.

—Un momento —dijo el ale-

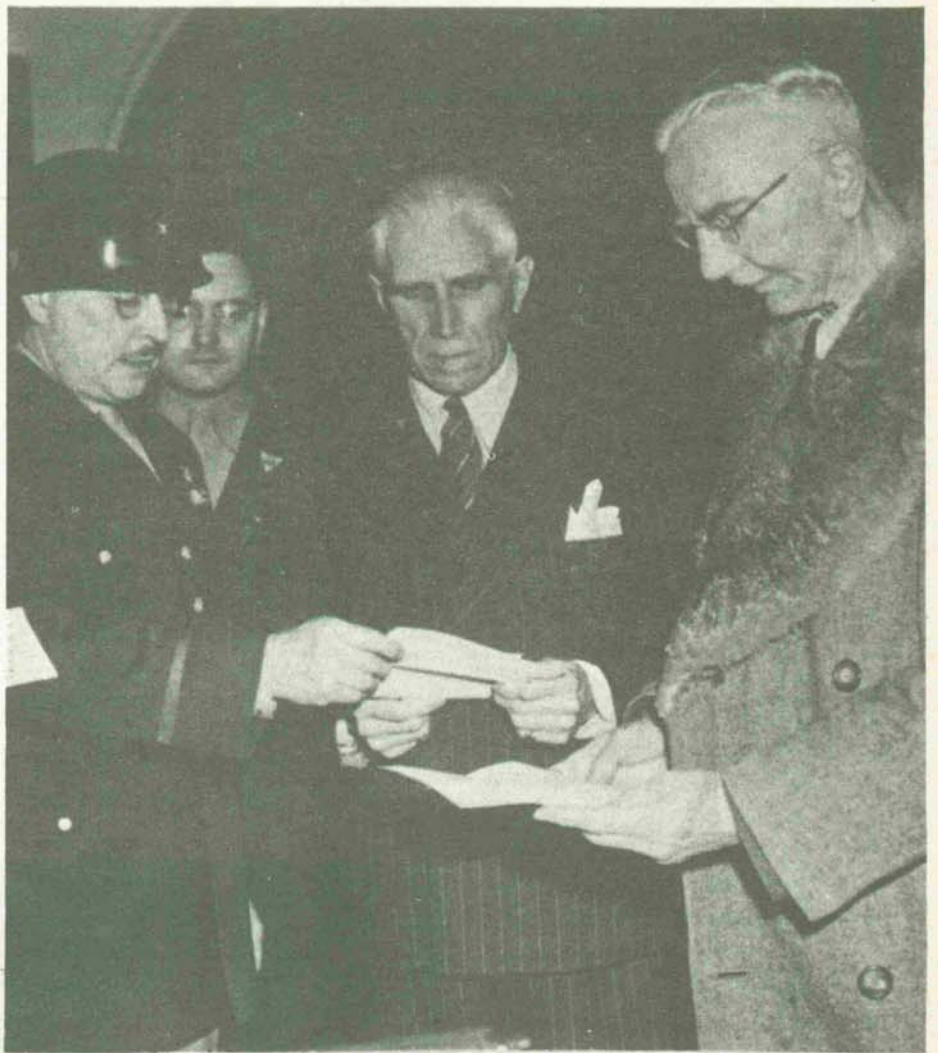
mán, volviendo a encerrar los billetes de banco en su caja fuerte—, antes comprobaré si su entrega vale tanto dinero.

—Me parece justo —respondió el otro sin inmutarse—. En seguida tomó asiento en uno de los sillones, encendiendo un pitillo mientras Moyzisch pasaba a la habitación cercana, que tenía habilitada para laboratorio fotográfico. Trabajaba con una «Rondinette», que permiten revelar y fijar los negativos sin encerrarse en cámaras oscuras.

«Cuando examiné los negativos, quedé asombrado: aquellas fotos valían tres veces la cantidad concertada», declaró Moyzisch años después. En cabecera de todas las páginas podía leerse: «Most Secret. From Foreign Office to British Embassy». Allí estaba consignada la lista completa del material de guerra entregado por Estados Unidos a la Unión Soviética durante los años 1942 y 1943. Un informe detallado sobre las conversaciones mantenidas en Moscú por Cordell Hull, Eden y Molotov durante aquel mismísimo mes de octubre. Instrucciones del Foreign Office, dictadas por el propio Anthony Eden al embajador, sobre las conversaciones a mantener con el ministro de Asuntos Exteriores turco, Numan Menensoglú. Otro informe del embajador al Foreign Office, garantizando las buenas disposiciones de Turquía con respecto a Estados Unidos y Gran Bretaña, «siempre y cuando ambas potencias garantizaran sus fronteras contra las ambiciones soviéticas, una vez terminada la guerra con la derrota del Eje»... Y así, hasta treinta documentos reproducidos.

LE LLAMAREMOS «CICERÓN»

Al día siguiente, 31 de octubre, Moyzisch, que había traba-



Franz von Papen era el embajador de Alemania en Turquía cuando surgió el caso «Cicerón». Juzgado —y absuelto— más tarde por el Tribunal de Núremberg, aparece en el centro de esta foto, al ser entonces puesto en libertad por los aliados.

jado toda la noche en su laboratorio después de entregar las veinte mil libras a «Peter», mostró los positivos ampliados al embajador Franz von Papen. Este no salía de su sorpresa: «¡Increíble! ¡Fantástico! ¡Estos documentos valen para nosotros millones de veces su peso en oro!», exclamaba. «Hay algo más importante: demuestran la doblez turca. Ayer mantuve una entrevista con el ministro de Asuntos Exteriores, Menensoglú. Juró que Turquía mantendría una neutralidad amistosa con nosotros. Incluso evocaba la guerra de 1914-1918, cuando lucharon junto a Alemania. Pero ahora resulta que trata bajo mano con ingleses y americanos.»

—Conviene aplicar un nom-

bre especial a este misterioso «Peter» —dijo Von Papen tras unos minutos de reflexión. Como parece tan elocuente, según los informes que suministra, le llamaremos «Cicerón».

Aquella misma noche, el neonato «Cicerón» (en realidad no conoció el sobrenombre que le habían adjudicado hasta la publicación del libro escrito por Moyzisch) entregaba dos carretes más de película, conteniendo cincuenta reproducciones. Entre otras, figuraba una lista de agentes secretos británicos que trabajaban en Turquía. Los nombres y direcciones de otros agentes soviéticos que actuaban a retaguardia de las líneas germanas en el frente de Rusia. Fechas de salida, compo-

sición y material transportado por tres convoyes que zarparían de Estados Unidos rumbo al puerto de Arkangella.

«OPERACION OVERLOD»

Durante tres meses y medio, «Cicerón» entregó a Moyzisch cuatrocientas fotografías de otros tantos documentos secretos, percibiendo cuatrocientas mil libras esterlinas en papel moneda. Veinte mil auténticas; el resto producto de una falsificación habilísima, ideada por Bormann y Kaltenbrunner para desmoronar la economía británica. Ahora bien, la falsedad de esos billetes no se descubrió hasta once años después, en 1954. Cuando Bazna dispuso de la totalidad para sus negocios.

El documento de máximo valor entregado por «Cicerón» fue la serie de negativos correspondientes al «Plan Overlod». Era el nombre elegido para titular el desembarco aliado en el continente, consecuencia de las resoluciones aprobadas en la conferencia tripartita de El Cairo (3 de noviembre de 1943) y la subsiguiente de Teherán el 2 de diciembre del propio año. En Berlín, tanto Von Ribbentrop como el mismísimo Kaltenbrunner deseaban conocer el significado exacto del vocablo «Overlod». Dirigieron sendos radiogramas en clave a Von Papen, apremiándole para que espolease a «Cicerón». Este correspondió entregando otro carrete en que figuraban, nada más y nada menos, que los detalles siguientes:

«Radiograma N.º 875 del embajador británico en Ankara para el Foreign Office: «Según informa el Ministro de Asuntos Exteriores de Turquía, Numan Mennensoglu, su Gobierno denunciará el pacto de neutralidad ruso-germánico en cuanto se inicien los desembarcos». Otro documento

marcado «Most secret» con el N.º 1275 resumía el convenio definitivo firmado en Moscú por los embajadores norteamericano y británico con Molotov. Quedaba definitivamente desechado el desembarco en los Balcanes, propuesto y defendido por Winston Churchill en las conferencias de El Cairo y Teherán. Se aceptaba la imposición de Stalin apoyada por Roosevelt: «Desembarco en las costas de Francia».

A cambio de «Overlod en el Oeste de Europa», Stalin renunciaba «a sus pretensiones sobre Manchuria japonesa y Mongolia Interior, que serían entregadas a la China nacionalista de Tchang-Kai-Shek, a toda rectificación en la frontera turco-soviética que venía

reclamando desde 1918, y a ocupar Finlandia».

«'CICERON' ES UN AGENTE BRITANICO»

Dos factores contribuyeron a que los informes facilitados por «Cicerón» no surtieran efecto cambiando el curso de la historia. De la historia, pero no de la guerra que ya estaba decidida. Normalmente se habría prolongado otro par de años.

En primer lugar, la incredulidad de Kaltenbrunner. «Toda esa información es muy importante y se obtiene con excesiva facilidad», mantuvo Kaltenbrunner, jefe supremo del R. S. H. A., por mediación de su acólito Schelleberg. Añadiendo: «Cicerón» es un agente británico. Los infor-



mes que nos entrega fueron confeccionados por el «Intelligence Service» para inducirnos a errores». «Investiguen a fondo antecedentes y vida actual de ese «Cicerón». Que escriba su «curriculum vitae». Y que firme recibos por las sumas percibidas». «Cicerón» rehusó.

Franz von Papen, embajador del Tercer Reich en Ankara, cometió otro error peor. Uno de los documentos entregados por «Cicerón» revelaba que Turquía concentraba fuerzas en la frontera de Tracia, amenazando el flanco germano de los Balcanes. Se entrevistó con el Ministro de Asuntos Exteriores turco, Numan Men-

nensoglú, para protestar contra «aquel acto inamistoso contrario al pacto». Menensoglú negó en redondo. Von Papen insistió haciendo referencia a otras conversaciones secretas entre el ministro y el embajador británico.

Apenas ausentado el germano, Menensoglú se puso al habla con sir Hugh Knatchbull-Hugenssen diciéndole: «En su embajada existen filtraciones. Actúan espías enemigos. Von Papen conoce demasiados asuntos secretos».

ANKARA, «RELAIS» ENTRE ORIENTE Y OCCIDENTE

Algunos se han preguntado por qué en la embajada britá-

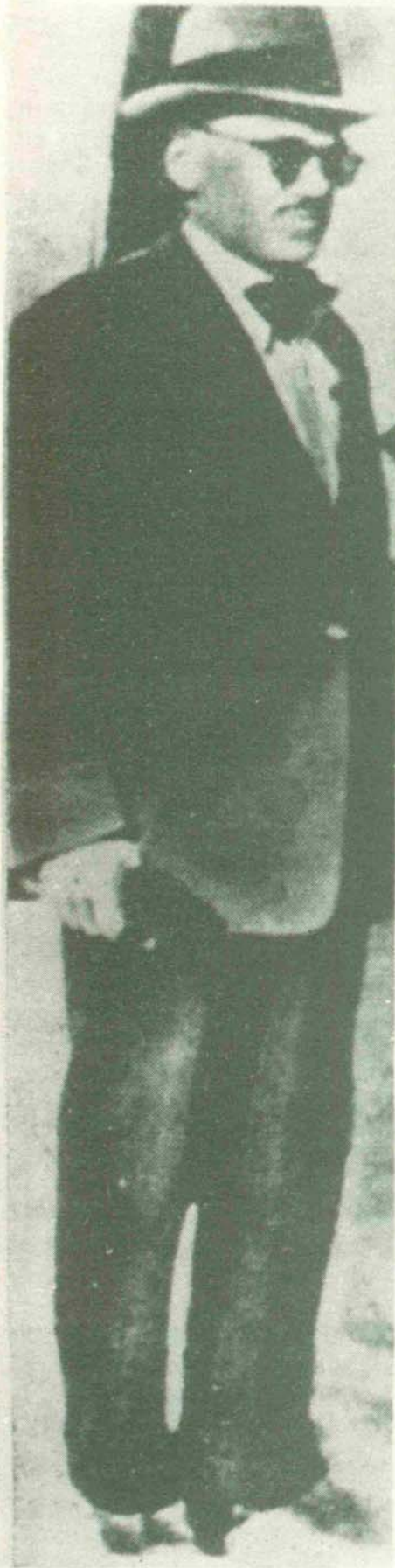
nica de Ankara existían documentos de tanta importancia para las operaciones militares y la política del momento. Incluso se ha puesto en duda que «Cicerón» facilitase los planes de «Overlod». Negarlo implica un desconocimiento supino de la situación y del papel desempeñado por dicha Embajada.

Todas las comunicaciones entre Londres (que a su vez las recibía de Washington) y Moscú, todos los documentos y planes conjuntos del Cuartel General aliado en Gran Bretaña destinados a la URSS, pasaban por Turquía. Ankara fue un «relais» para las retransmisiones hacia y desde la Unión Soviética. En realidad era el único camino, más corto y absolutamente seguro, para los correos diplomáticos. Así pasaban todos los documentos entre las manos del embajador sir Hugh Knatchbull-Hugenssen, quien, minucioso (y algo descuidado como se podrá apreciar), conservaba copias.

Pero hay más. Desde la entrada en guerra de Estados Unidos tras el episodio de Pearl Harbour, el gobierno turco cada día tomaba más distancias del Tercer Reich: autorizó la instalación de tres equipos de radar que controlaban el tráfico aéreo. Las embajadas de Gran Bretaña y Estados Unidos poseían sendas emisoras-receptores radiotelegráficas. Tres divisiones escogidas del Ejército otomano tomaron posiciones en la frontera de Tracia. ¿Razones? Impedir que Hitler ordenase a las fuerzas germano-italianas concentradas en Grecia, apoyadas por rumanos y búlgaros, una ofensiva fulminante para instalarse en el Bósforo y los Dardanelos. Riesgo acrecentado después del feroz bombardeo aliado de Sofía (15 de enero de 1944), que oca-



Pese a la importancia de las informaciones suministradas por «Cicerón», Kaltenbrunner (jefe de los servicios de espionaje del Partido nazi) nunca llegó a confiar en ellas. Junto a su dura efigie marcada por las cicatrices, figura en esta doble imagen el momento en que es conducido al patíbulo para ser ahorcado, por decisión del Tribunal de Núremberg.



Una vez terminada la II Guerra Mundial y tras ocultarse celosamente durante algunos años, «Cicerón» se dedicó a negocios de obras públicas y hostelería (época a la que pertenece esta foto, 1957). Le fue muy mal y murió prácticamente arruinado.

sionó cuatro mil muertos entre la población civil de la capital búlgara. Por cierto, que «Cicerón» había entregado a Moyzisch un negativo del documento en que Londres anunciaba esa y otras operaciones.

UN FOTOGRAFO AFICIONADO

«Nunca me importó la política ni me interesaron las operaciones militares», dijo Eliaza Bazna durante aquel nuestro almuerzo en el «Liman Lokantesi» de Istambul. «Pero siempre fui un fotógrafo aficionado bastante aceptable»...

«¿Leer los documentos que fotografiaba? ¡Jamás! Aparte de que poco hubiera comprendido, era demasiado arriesgado para perder mi tiempo en lecturas. Yo fotografiaba todos los documentos que llevaban las menciones «Most secret» y «Top secret». Una sola vez que prescindí de esas indicaciones, resultó que era una relación de los gastos personales del embajador.»

«¿Cuándo y cómo tuve idea de ese trabajo? El mismo día en que me contrataron al servicio del embajador. Cuando regresaba al edificio con mis efectos para tomar posesión de mi nuevo empleo, ví en el patio de la embajada el «Chevrolet» del primer Secretario. Sobre el asiento trasero, dos carteras llenas de documentos en que nadie reparaba. Entonces me dije que había llegado mi oportunidad.»

«El embajador era muy descuidado. Todas las noches transportaba a su habitación una cartera con documentos, los estudiaba y anotaba una vez acostado. Cuando por fin conciliaba el sueño, yo entraba en su alcoba, tomaba un fajo de papeles, los fotografiaba en mi habitación y los devolvía después a su sitio.

Otra vez dejó olvidada su libreta de anotaciones sobre la mesita de noche. En ella figuraba la combinación de su caja fuerte particular. Aquello facilitó mi trabajo. Cuando salía hacia su despacho o asistía a cualquier recepción, yo abría la caja para hacer mi trabajo con toda tranquilidad.»

«¿Dónde y cómo efectuaba mi trabajo? En mi habitación situada en los sótanos de la embajada, como las de todo el servicio. Empleaba una «Leica», invertida con el objetivo hacia abajo, sobre un trípode telescópico y el papel a fotografiar alumbrado por una lámpara de cien bujías. También usé mi «Contax».

«Cicerón» omitía un «detalle»: mientras él fotografiaba, Esra Duriyé montaba guardia vigilante junto a la puerta. Esra Duriyé era cocinera de la Embajada, de 23 años, y nacionalidad turca. Y «amiga» (en el sentido más amplio del vocablo) de «Cicerón». Después contrajeron matrimonio. Ahora es su viuda.

LA ULTIMA ENTREVISTA

Aquella noche del 20 de marzo de 1944, cuando ya se anunciaba la primavera en el inhóspito clima de Ankara y la meseta de Anatolia, «Cicerón» y Moyzisch se entrevistaron por última vez. En el «Mercedes» de este último. «Cicerón» estaba muy preocupado: «Debemos suspender provisionalmente nuestro trabajo; sospechan de todo el personal de la embajada. Han llegado agentes del I. S. enviados por Londres. Otra cosa, señor Moyzisch: su secretaria, Elizabeth Kapps, es de origen judío y trabaja al servicio de los ingleses. ¿Conoce mi verdadera identidad?».

—Tranquilícese —respondió Moyzisch—. Únicamente el embajador y yo la conocemos.

Ni siquiera fue comunicada a Berlín. Respecto a mi secretaria, lleva una semana sin aparecer; comunicó que estaba enferma.

—No volverá. Sabe que su juego ha sido descubierto. Los ingleses la pasaportaron a Istanbul.

Se despidieron estrechándose la mano. Moyzisch, que estaba francamente alarmado por la confidencia acerca de su secretaria, escribió años después: «Me causó pésima impresión. Por primera vez intercambiábamos aquel saludo. Su mano era blanducha y escurridiza. No volvimos a vernos».

Moyzisch fue llamado por Schelleberg para responder ante dos acusaciones: haber contratado a Elizabeth Kapps y la ruptura con «Cicerón». Debió justificarse cargando todas las culpas sobre el embajador Von Papen. Quien, a su vez, fue requerido urgentemente por Von Ribbentrop. Le achacaron incompetencia. Entretanto, Moyzisch regresó a la capital de Turquía. Prestó un gran servicio a «Cicerón»: destruir todos los negativos y copias que había entregado. Después, se cumplió la «Operación Overlod». Tras el desembarco en Normandía, los gobernantes turcos declararon la guerra al Tercer Reich. Todos los germanos fueron recluidos en campos concentracionarios, Moyzisch incluido.

«ALEMANIA FEDERAL DEBE INDEMNIZARME»

«Cicerón» había muerto oficialmente; incinerado con los negativos destruidos por Moyzisch. Nadie molestó a Eliaza Bazna. Ni siquiera sospecharon sus relaciones con los germanos. Nunca abandonó Turquía ni viajó a Brasil, como pretende una secuencia final de la película de Mankiewicz, interpretada por Ja-



Nueva imagen del film de Joseph L. Mankiewicz «El espía «Cicerón» (titulado originalmente «Five fingers»). Tanto el cineasta como el actor James Mason —en el papel del espía— supieron captar con eficacia el ambiente de intriga, delaciones y lucha sorda en que este agente nazi se movió dentro de Ankara.

mes Mason. Conviene añadir que, si lo hubiera hecho, jamás habría llegado al otro lado del Atlántico. Todos los barcos mercantes neutrales debían navegar provistos de un «navicert» facilitado (o denegado) por Gran Bretaña. Por si fuera poco, en la ruta sudamericana eran conducidos a Puerto España, en la Isla de Trinidad, donde los británicos comprobaban hasta el último detalle sobre identidad y antecedentes de los pasajeros.

Eliaza Bazna y Esra Duriyé legalizaron su situación contrayendo matrimonio en junio de 1945. Después se trasladaron a Istanbul. Su fortuna (teórica) era de 400.000 libras esterlinas. De las cuales habían convertido una parte mínima en brillantes y joyas. También cambiaron libras por valor de 20.000 dólares americanos. Al principio vivían con discreta sencillez. Tal vez Bazna se dejó ver excesivamente, frecuentando salas de fiestas y fotografiándose con su flamante frac. Después se lanzó a los negocios. Primero, contratista de obras públicas. No le fue bien. Después, inició la construcción de un hotel con 150 habitaciones. Para financiarlo echó mano de las libras esterlinas guardadas en una caja fuerte bancaria. Se descubrió la falsifica-

ción y quedó arruinado. Esto sucedió en 1952.

En 1965, el matrimonio Bazna se trasladó a Munich. Donde le encontré casualmente en el «hall» del «Jar Viereszeiten». Sus finanzas estaban bajísimas. Hasta el punto de que subsistían con el salario de ella, que trabajaba como «enfermera auxiliar» en una clínica. «He presentado una reclamación oficial ante el Gobierno de Bonn», dijo como si fuera algo natural y lógico. «Yo presté mis servicios a un Gobierno alemán anterior. Me pagaron con billetes falsos. Fue una defraudación, con abuso de confianza y engaño. Por consiguiente, el Gobierno de Alemania Federal debe indemnizarme con una cantidad equivalente a la defraudada, más los intereses y aumento por devaluación en poder adquisitivo de la libra esterlina. Un abogado alemán lleva mis asuntos. Alemania Federal ha sentado un precedente con la indemnización a los judíos, yugoslavos, griegos y qué sé yo cuántos perjudicados más. ¿Por qué no a mí?» Eliaza Bazna, antes llamado «Cicerón», no vio satisfechas sus aspiraciones. Falleció en Munich antes de que los actuales gobernantes germanos considerasen la petición: «Inaceptable» e «inmoral», dijeron. ■ F. P. de C.